

Criterios de Juicio (3)

¿Por qué la Iglesia ? Cuarta Parte, Capítulo II. 3 y 4. *Catolicidad y Apostolicidad (Don Luigi Giussani)*

3) *Catolicidad*

«La Iglesia tenía [...] un título de honor que todos concordaban en reconocerle [...]; un título que precisamente por esto era empleado por los Padres. Era un título que las sectas no podrían reclamar para sí, de cuya posesión no podían privar a su propietario legítimo [...] puesto que era la denominación característica de la Iglesia en el Credo [...] San Pablo nos dice que el hereje 'se condena a sí mismo'; y la Iglesia no necesitó contra las sectas de los primeros siglos testimonio más claro que el que las propias sectas daban por sí solas dado el contraste entre ellas y la postura de la Iglesia en aquel tiempo. Las sectas, dicen los Padres, son llamadas con el nombre de sus fundadores, de su lugar de nacimiento o de la doctrina que profesan. Así fue desde el principio: 'Yo soy de Pablo, y yo de Apolo, y yo de Cefas'; pero le fue prometido a la Iglesia que no tendrían ningún señor en la tierra y que 'reuniría en uno solo a los hijos de Dios dispersos por el mundo'. Su nombre habitual, que se escuchaba en la plaza del mercado y se pronunciaba en los palacios, el nombre que conocía incluso el recién llegado y que empleaban los edictos del Estado, era el de Iglesia católica»¹.

Así es como Newman, tratando sobre la Iglesia en el siglo IV y sus relaciones con las sectas y las herejías, indica el rasgo distintivo de la comunidad fundada por los apóstoles, rasgo distintivo con el que se encuentra designada desde el siglo II, ya que a medida que la Iglesia tomaba conciencia de su singularidad, experimentada desde sus orígenes, se aprestaba a expresarla con la preocupación constante de poner de manifiesto sus dimensiones esenciales. Este es precisamente el caso de su catolicidad. Observa De Lubac: «Katholikós, en griego clásico era empleado por los filósofos para indicar una proposición universal; ahora bien, el universal es un singular, y no debe confundirse con una suma. La Iglesia no es católica por estar actualmente extendida en toda la superficie de la tierra y contar con un gran número de adeptos. Era ya católica de mañana de Pentecostés, cuando todos sus miembros cabían en una pequeña sala; lo era cuando las oleadas de los pueblos arrianos parecían sumergirla; lo sería todavía mañana aunque apostasías masivas le hicieran perder casi todos sus fieles. Esencialmente la catolicidad no es cuestión de geografía ni de cifras. Si bien es verdad que debe desplegarse necesariamente en el espacio y manifestarse a los ojos de todos, no es sin embargo de naturaleza material, sino espiritual. Como la santidad, la catolicidad es un principio intrínseco a la Iglesia. La Iglesia, en cada hombre, se dirige a todo el hombre, comprendiendo toda su naturaleza»².

La catolicidad es, pues, una dimensión esencial de la Iglesia, y expresa fundamentalmente cómo ésta es pertinente al ser humano en todas sus variables expresiones. Que la Iglesia sea católica significa por ello que la verdad y el espíritu de la Iglesia, lo que ella proclama y la experiencia en la que introduce, puede ser asimilado por cualquier cultura y mentalidad y vehiculazo por ellas. Puede que la historia haya registrado modos dramáticamente desprovistos de respeto, como también experiencias sublimes de compartir y valorar las diferencias culturales, pero lo que resulta importante verificar es ese carácter capaz de abarcar todas las dimensiones humanas, que define a la catolicidad de la Iglesia. La Iglesia

¹ J. H. Newman, *El desenvolvimiento del dogma*, op. Cit., cf. Tr. P. 207

² H. de Lubac, *Catolicismo. Aspectos sociales del dogma*, op. Cit., pp. 38-39

reclama para sí la prerrogativa de ser genuinamente humana, por lo que cualquier cultura o mentalidad puede experimentar la verdad que proclama y la experiencia que propone como la manera más adecuada de completarse, como su realización más plena. De hecho el catolicismo declara que corresponde sencillamente a aquello a lo que el hombre está destinado. Daniélou observa lo siguiente, al tratar de la relación entre la Iglesia y las diferentes civilizaciones: «Ahora bien, siempre corremos el peligro de confundir la unidad con la uniformidad, de concebirla bajo forma de centralización en el plano de la organización, o de un modo común de expresión en lo que se refiere a las fórmulas teológicas. Pero la verdadera unidad es aquella que es al mismo tiempo catolicidad; la que en el interior de la unidad de la fe, de la unidad de la Iglesia, de la unidad del dogma, de la unidad de la Eucaristía, se expresa a través de las diversas mentalidades, culturas y civilizaciones»³.

Es una expresión variada y diferenciada que no tiene el carácter de una demostración externa de grandeza, de éxito o de conquista, sino que es respuesta a un imperativo interior del corazón creado, puesto que –dice Karl Adam– «Cristo vino al mundo como Redentor de toda la humanidad, su Cuerpo esencialmente tiende a incluir a toda la humanidad»⁴

Quien lea la historia de la Iglesia con ánimo abierto no puede dejar de notar que la experiencia cristiana ha asimilado y valorado incesantemente todo aquello que demostraba tener una riqueza auténticamente humana. La terminología y las categorías mentales hebreas fueron confrontadas enseguida con la cultura helenística. Los apologetas del siglo II, abriendo con gran coraje un diálogo con su entorno, expresan a través de sus obras el intento de establecer un «contacto entre el mensaje cristiano y el helenismo»⁵.

Además, si nos fijamos en una de las realizaciones más imponentes de la historia cristiana, como es el monacato, veremos en él plenamente ejemplificada esta capacidad de asumir datos procedentes de diversas culturas⁶

Y con idéntico espíritu de adaptación podemos citar a dos misioneros jesuitas, Mateo Ricci y Roberto de Nobili. El primero, designado a finales del siglo XVI para una misión en China, se había preparado con pasión para su tarea apostólica, tratando de conocer a los filósofos, la literatura y las religiones de las tierras en las que iba a desembarcar. Murió en China en 1610, honrado en la corte imperial como astrónomo y matemático, y no cesó jamás de predicar el cristianismo, intentando siempre mostrar la posibilidad concreta que tenían de vivirlo también quienes habían crecido a la sombra de valores muy distintos de los occidentales, valores que la revelación cristiana podría ayudar a comprender y a no sacrificar⁷.

Algunos años después moría otro jesuita que había introducido el mismo espíritu de adaptación en su misión en la India. Se había metido seriamente en el modo indio de vivir y de pensar y durante toda su vida trató de introducir el Evangelio en el universo mental de la India: conocía el sánscrito, pero sabía predicar también en el idioma popular, y valoró en aquellos a quienes convertía todas las costumbres hindúes que no estuvieran en abierta contradicción con el mensaje cristiano⁸.

³ J. Daniélou, *El misterio de la historia*, op. Cit., pp. 61-62.

⁴ Continúa Adam: «Este espíritu universalista, que tiene sus raíces en el mensaje de Jesús, lo tomó la Iglesia católica, y sólo ella, en toda su amplitud y profundidad. La Iglesia católica no es una comunidad más, una Iglesia entre muchas, ni tampoco una Iglesia entre los hombres, sino que es la Iglesia de los hombres, en una palabra, la Iglesia de la humanidad» (K. Adam, *La esencia del catolicismo*, op. Cit., pp. 179-180, 183).

⁵ J. Daniélou, *Messaggio evangelico e cultura ellenistica*, Il Mulino, Bolonia 1975, p. 42.

⁶ Dawson anota justamente esto: «La institución primitiva del monacato cristiano tuvo un origen estrictamente oriental y nació en el desierto egipcio durante el siglo IV. No obstante, casi inmediatamente la Iglesia aceptó esta nueva forma de vida como una expresión esencial del espíritu cristiano y la difundió por Oriente y Occidente, desde el Atlántico hasta el mar Negro y el golfo Pérsico. Y, mientras se desarrollaba, el monacato se adaptó a la vida de los diversos pueblos a los que fue llegando, aunque se mantuvo perfectamente consciente de sus orígenes y de la continuidad de su tradición» (C. Dawson, «Il cristianesimo e la crisi della civiltà», en *Religione e cristianesimo nella storia della civiltà*, op. Cit., p. 500)

⁷ Cf. A. Ricci Riccardi, *Il P. Matteo Ricci d.C.d.G. e la sua missione in Cina (1578-1610)*, Tipografía Barbèra, Florencia 1910.

⁸ V. Cronin, *A Peral to India. The Life of Roberto de Nobili*, Rupert Hart-Davis, Londres 1959.

Semejantes métodos de proponer el hecho cristiano no dejaron de provocar objeciones y debates en el interior de la Iglesia; sin embargo atestiguan la capacidad multiforme que tiene la experiencia cristiana para dirigirse al hombre como tal y no al exponente de esta o aquella civilización. Cuando la Iglesia asume a nivel oficial la tarea de dirigir la actividad misionera con una institución específica –la Congregación de Propaganda Fide, en 1622- ésta demuestra por las instrucciones que envía a los misioneros que ha captado la importancia de sus experiencias: impone el conocimiento de la lengua y la cultura del lugar al que se va a predicar y vivir, y recuerda con cuidado que los misioneros están donde están para proponer la fe y no para imponer una cultura particular⁹.

La catolicidad, como cualidad intrínseca de la Iglesia, debe ser una dimensión personal de todo cristiano aunque no esté llamado a una específica vocación misionera.

4) *Apostolicidad*

Del mismo modo que la catolicidad se refiere a la universalidad intrínseca de la Iglesia hasta manifestarse en su dimensión espacial –espacio que hay que entender por consiguiente como categoría simultáneamente interior y exterior-, la apostolicidad es la característica de la Iglesia que indica su capacidad para afrontar el tiempo de manera orgánicamente unitaria. Es su dimensión histórica: la Iglesia afirma que tiene una autoridad única para ser depositaria de la tradición de valores y realidades que deriva de los apóstoles. Al igual que Cristo quiso vincular su obra y su presencia en el mundo a los apóstoles, señalando a uno de ellos como punto de referencia autorizado, también la Iglesia está vinculada a los sucesores de Pedro y de los apóstoles, el papa y los obispos. Esta sucesión, que puede documentarse históricamente en el caso del obispo de Roma, es unitaria e ininterrumpida precisamente gracias a la acción de dicho obispo.

Será Ireneo de Lyon, que vivió en el siglo II, quien subraye de manera particularmente vigorosa este carácter apostólico de la Iglesia, evidenciando la función sobresaliente de los apóstoles y la conservación de la tradición mediante la sucesión apostólica¹⁰

A la pregunta de cuál es esta sucesión, Ireneo no duda en responder: «La Tradición de los apóstoles, manifestada en todo el mundo, pueden verla en cualquier Iglesia todos aquellos que quieran ver la Verdad. Y nosotros podemos enumerar los obispos que han establecido los apóstoles en las Iglesias y sus sucesores hasta llegar a nosotros [...] Pero ya que sería demasiado largo en esta obra enumerar la sucesión de todas y cada una de las Iglesias, tomaremos solamente la Iglesia grandísima y antiquísima que todos conocen, la Iglesia fundada y establecida en Roma por los dos apóstoles gloriosísimos Pedro y Pablo [...] Pues con

9 Un misionero de nuestros tiempos, que consumió en la India su pasión por compartir la cultura y su ardiente celo evangelizador, el benedictino Jules Monchanin, citado por De Lubac, dice que «a menudo la Iglesia es comparada por los Padres a la [...] túnica multicolor (Gn 37.3) del patriarca José, al manto maravillosamente adornado de la esposa de Salomón, *circumdata varietate* (Sal 44,9). Un tipo específico de espiritualidad cristiana tiene que emanar del genio particular del pueblo de cada país. La universalidad cualitativa de la Iglesia, que no es extranjero en tierra alguna, cuya validez no desaparece en época alguna, cuya validez no desaparece en época alguna, sino que es contemporánea a todas las épocas y connatural en todas las civilizaciones, no es más que la armonía final y la síntesis de todas las civilizaciones, asumida por Cristo, el Hombre absoluto, en su *pleroma* teándrico» (J. Monchanin, *An Indian Benedictine Asbram*, Tiruchirapalli 1951, pp. 8-9, cit. En H. de Lubac, *Paradossi e nuovi paradossi*, op. Cit., p. 149).

10 Afirma Daniélou: «Ireneo puso de relieve el papel eminente de los apóstoles. Ellos son los intermediarios entre Cristo y la Iglesia, porque fue a ellos a quienes Cristo confió oficialmente su mensaje. Lo privilegiado no son, sin embargo, los tiempos apostólicos, ni la transmisión durante los tiempos apostólicos [...] Lo que él pone de relieve es que los apóstoles les transmitieron la doctrina del Señor a personas elegidas a propósito para esto. Se trata de una continuidad institucional dentro de la cual se conserva el depósito confiado. Cosa que subraya el hecho de que los apóstoles no confiaran solamente en las Escrituras para conservar su mensaje, sino también en personas vivas. Aparece así un nuevo aspecto de la tradición: transmitida por los apóstoles, la tradición se conserva como depósito mediante una cadena sucesora» (J. Daniélou, *Messaggio evangelico e cultura ellenistica*, op. Cit., pp. 173,174)

esta Iglesia, por razón de su origen más excelente, debe estar necesariamente de acuerdo toda Iglesia [...] en ella se ha conservado siempre para todos los hombres la Tradición que viene de los Apóstoles» Y concluye, tras haber ultimado su circunstanciada y meticulosa enumeración: «Siendo éstas, pues, las pruebas, no se debe buscar en otros la Verdad que es fácil recibir de la Iglesia, ya que los apóstoles amasaron de la manera más plena en ella, como un rico tesoro, todo lo que se refiere a la Verdad, a fin de que todo el que quiera pueda beber de ella la Vida»¹¹. De modo que, aunque el origen de todas las Iglesias se remonte a un apóstol, la única sucesión que puede documentarse es la del obispo de Roma.

El valor de semejante sucesión apostólica está en el carácter milagroso que confiere al mismo fenómeno de la Iglesia. La resistencia constructiva en el tiempo de esas expresiones ideales y estructuras de experiencia y de organización que parecerían (como normalmente lo son) esencialmente contingentes es precisamente, para la dimensión histórica de la Iglesia, el milagro más grande de todos. Constituye la forma con que han entrado en el tejido de la historia aquellas palabras de Jesús: «En verdad, en verdad os digo: si uno guarda mi palabra jamás conocerá la muerte»¹². Son las palabras que escandalizaron a los fariseos que estaban discutiendo con Jesús, palabras a causa de las cuales le tacharon de estar endemoniado. Pues ningún hombre puede, en efecto, sustraerse a la precariedad de la vida. Y únicamente cuando aparece un valor que se mantiene permanente con el tiempo puede decirse de él que lleva consigo el sentido divino de las cosas. También en los aspectos más normales de nuestra existencia consideramos milagro que un sentimiento, un vínculo o una convicción duren toda la vida, es decir, que algo que esté ligado al tiempo logre permanecer.

La Iglesia afirma su capacidad de afrontar el tiempo no solamente como fuerza para conservar el pasado sino, segura de las promesas de Jesús, como desafío al porvenir. La valoración de su pasado y la fidelidad a sus orígenes son síntomas de una personalidad potente, que tienden a tomar cada vez más conciencia de su trayectoria en la historia. Ahora bien, si la permanencia intacta de un valor del pasado es algo milagroso, todavía más imponente es la afirmación de poder mantener esa permanencia en el futuro. La superioridad de la Iglesia sobre el tiempo es, de hecho, fruto de la presencia de Jesús en el mundo hasta el final de los tiempos, producido por su Espíritu que no cesa de asistir al signo en que vive esa presencia.

Para terminar, tengo que reservar un particular relieve a eso que apenas apuntábamos al comienzo de estas breves notas acerca de los rasgos fundamentales de la Iglesia, que *hay que verificar* para poder experimentar su valor divino. Lo que me apremia es recordar que la categoría de la unidad es el horizonte en el que se sitúan las demás categorías descritas: la santidad, energía realizadora de la unidad del yo dentro de la única Iglesia; la catolicidad, o sea, la universalidad, gracias a la cual todos los valores confluyen en un único horizonte de experiencia plena de lo humano; la apostolicidad, que coloca dentro de la aventura humana el origen de una nueva historia, una historia unitaria en su capacidad de experiencia permanente de acogida del Absoluto en el tiempo. Cada uno de estos rasgos distintivos abre de par en par la mente y el corazón para que apaguen su sed con todas las riquezas de lo auténticamente humano que hay en toda la humanidad, cuyo origen es uno, cuyo destino es uno, y cuyos diversos caminos están llamados a transitarse en compañía de ese Uno que ha querido convertirse en don humano para que no nos extraviemos.

11 Ireneo de Lyon, *Contra los herejes*, III, 3,1-2; III, 4,1.

12 Jn 8,51.